

ofreció. Eso fue todo. Me lo contó a su regreso. “El caso es que debió de ser solamente un segundo”, me dijo, “pero en aquel momento pensé que iba a rajarme”. Yo le había advertido del peligro que representaba recoger a un desconocido en la carretera y él alegaba que no le gustaba viajar solo y la compañía hacía más corto el trayecto. Aquel incidente no cambió su costumbre, no le hizo desistir y siguió admitiendo en su coche a todo aquel que le hiciera una señal.

El afán de explorar rincones olvidados le llevó a recorrer pueblos abandonados sin luz ni agua potable, pueblos que iban muriendo en los setenta, olvidados de la mano de quienes pudieran transformarlos. Le gustaba perderse por carreteras sin asfalto, llenas de piedras, en las que a veces quedaban los neumáticos destrozados. No le importaba el riesgo. Estábamos descubriendo la España menos conocida, de la que nadie hablaba y aunque yo también sintiera curiosidad, no dejaba de pensar que estábamos locos. En cierta ocasión, metidos en uno de esos caminos pedregosos, se hizo de noche. No pasaba un alma y ni siquiera sabíamos adónde nos conduciría. Le dije que era una locura. “A oscuras, sin un teléfono, sin ver a nadie, ¿qué pasaría si tuviéramos un accidente? Nadie nos encontraría. “Sí, es una locura”, admitió. Pero continuamos por aquel camino en medio de la oscuridad hasta dar con una aldea.

No sabría decir si estos viajes por el interior de la península eran una meta, la que perseguía sacar a la luz algo ignorado. Creo más bien que le movía el deseo de entrar en lugares que de alguna manera traían el recuerdo del campo y eran, ante todo, la huida constante de aquella habitación en la que permaneció recluido durante varios años.

La llegada a Madrid había modificado nuestros hábitos, era otro mundo, otro tiempo. El barrio de Moratalaz reunía a los jóvenes y modernos matrimonios con el ayer que la presencia de padres y abuelos nos traía. Algunos venían del pueblo, del campo, de la mina... Otros de ciudades pequeñas. Miraflores nos traería más adelante otro paisaje, la Naturaleza renovada en las verdes praderas y los bosques de abetos<sup>6</sup>. Y después de recorrer durante años el país de Norte a Sur, de Este a Oeste, las salidas al extranjero proporcionaron un descanso, una evasión<sup>7</sup>. Participar en los Congresos de Escritores en la Europa del Este nos convirtió en testigos del cambio que se avecinaba, al conocer la vida de sus gentes, sus creencias

---

<sup>6</sup> En 1974 se compró el chalet. El mismo año que entraba como redactor en la Revista Minusval.

<sup>7</sup> En 1976 se iniciaron los viajes a Bulgaria, país donde tuvieron lugar varios Congresos de escritores “por la paz”.